

Sr. Director de ANCORA:

Hace ya algún tiempo que bailotea en mi mente la idea de dirigirme a usted para decirle..... Precisamente en estos puntos suspensivos radica mi vacilación. No acabo de decidirme a manifestarle entera y sinceramente lo que pienso relacionado con el semanario que con tan buen acierto y desde su fundación según creo, viene usted dirigiendo. Sin embargo hoy me decido a hacerlo, aun cuando hace unos momentos, he estado dándole vueltas y más vueltas a la idea en mi pensamiento mientras rodaba, vacilante también, la pluma entre mis dedos. Y es que deploraría toda mi vida que mi comunicación fuese interpretada como una intromisión irreverente y falta de delicadeza, siendo así que en mi ánimo no está el más pequeño asomo de cosa que se le parezca, antes bien, existe en mi un sentimiento tal de simpatía hacia usted y cuantos colaboran en su obra, que difícilmente podrían hallarlo, en tal grado de intensidad, en otra persona de cuantas, como yo, no somos más que simples lectores de su simpática y por tantos conceptos interesante publicación semanal. Por otra parte nunca me ha gustado meterme donde no me llaman ni creo ser tampoco de los que con sus tiquis y miquis gustan de hallarle pelos al bruñido marfil de una bola de billar. Nada de eso mi admirado señor Director. He dicho antes, que cuanto voy a decirle —porque me decido al fin a ello— responde a un sentimiento de simpatía profundo y sentido, a un afán de mostrarles mi interés y cariño por esa obra tan admirable que están llevando a cabo con su publicación semanal cuyo nombre es «Ancora».

Ancora. He ahí, señor Director, la entelequia objeto de mis vacilaciones, de mis reparos, de mis dudas. Jamás podré hallar conexión entre la valía de su obra y el nombre de «Ancora» con que fué bautizado su periódico cuando dejó de llamarse Chut. Mientras éste último estaba perfectamente en su lugar y respondía a los fines por los que vino a la luz, ya que en la mayoría de su texto se ocupaba de asuntos relacionados con el fútbol, al operarse la reforma en su formato y ampliar sus páginas y textos a otras actividades y temas, el nuevo nombre adoptado queda, a mi sentir, completamente inadecuado y disonante.

Mientras en las columnas de su periódico se labora tan admirablemente para darle a un pueblo el impulso vital en todos los órdenes de la vida; mientras se marcha con tal acelerado paso hacia una finalidad tan alta y loable como es redimir al hombre por medio de la cultura y la espiritualidad, el portavoz donde ese puñado de fervidos entusiastas concentran sus fuerzas y siembran la semilla de su doctrina, ese portavoz, decimos que como estandarte de fe y amor hacia todo lo noble y grande expande a los cuatro vientos el esfuerzo de sus actividades, creemos ver en el nombre que ostenta en su bandera un contraste con la realidad de los hechos y más aun de los fines perseguidos.

A quién demuestra el movimiento andando y que persevera y mantiene cada día con más amor y energía el deseo de seguir caminando, y caminar sin interrupción ni reposo hasta la consecución de su ideal, no puede admitir en la marcha triunfal de su carrera y en el fervor de sus entusiasmos, el nombre de Ancora, es decir, garfio que sujeta, que estaciona, que obliga a la inmovilidad, a una pasividad inútil.

El nombre de Ancora es impropio para figurar en la cabecera de ese admirable semanario guixolense. Su lema debe ser otro, —de hecho lo es ya— otro que encaje mejor a su benemérita obra, a su afán de despertar en todos el ansia de moverse, vivificarse, aprender, subir, volar, dignificarse.....

Dóngale usted otro nombre, Sr. Director, otro nombre más en armonía con su obra y a su lado la silueta airosa de una ve-la hinchada por todos los vientos o bien las alas extendidas de un Aguila Real en vuelo raudo hacia las cumbres bañadas de sol y aire puro.

Esa es, señor Director, la idea que tiempo ha pugnaba para salir en forma de Carta al Director, idea que hoy he tratado de reflejar en estas cuartillas, muy pobres por ser mas, y que mando a su destino en la completa confianza de que, si no sirve como sugerencia realizable, por lo menos será acogida como una humilde adhesión y un gran cariño hacia su benemérita obra y la de sus compañeros.

EXPONTANEO

Palamós, enero de 1952.

«En el siglo pasado — nos dice Joaquín Pla Cargol en su libro «Gerona Popular» — se incrementó considerablemente la afición a construir nacimientos o belenes. Nuestras comarcas contaron con el genio de un escultor modesto, aunque especialmente dotado para producir estas figuras de pastores y pastoras de caracter ingenuo y popular, como fué Ramón Amadeu, escultor del siglo XVIII que residió alguna temporada en Gerona, y que pasó largo tiempo en Olot, acogido por la familia Bolós, para la cual ejecutó magníficas figuras destinadas a su «belén».

«Había diversos tipos de pessebre o belén. El del aficionado entendido, que era exigente en la propiedad de la indumentaria de sus figuras, en la fiel representación del paisaje de Palestina, y en la cronología sucesiva de las escenas desarrolladas junto al lugar del nacimiento de Jesús, y había con mayor abun-

dancia, el pessebre ingenuo, con personajes de indumentaria varia, con figuras baratas y desproporcionadas, unos gallos más altos que las ovejas y unas ovejas de estatura superior a los camellos. Estos pessebres solían ser deliciosos en cuanto a falta de propiedad, y precisamente esto les hacía más estimables como manifestaciones elocuentes del alma sencilla del pueblo.»

«Además de estos tipos clásicos de pessebres, había también el pessebre infantil. El que montábamos los que entonces éramos niños, con vulgares figuras que comprábamos en casa Gelí, o en un modesto obrador de tierra cocida de la calle de Canaders, donde nos vendían (sin pintar) unas figuras que nos divertíamos luego pintando a nuestro sabor.»

De todas estas clases de belenes hemos visto bastantes ejemplares en esta ciudad. Gran interés por ellos tuvo siempre Mossèn Santos Boada; algunos realizó también el que fué profesor de nuestra Escuela de Artes y Oficios, el pintor José Berga y Bo-

da; José Anglada ha dedicado a tal especialidad todas sus facultades y aptitudes artísticas, además de una gran dosis de paciencia, por el detallismo y minuciosidad de algunas de sus realizaciones.

Belenes infantiles se hacen en muchas casas, y algunos años se celebraron concursos con li-sonjero éxito.

En nuestra última crónica nos ocupábamos del artístico pessebre presentado este año por el I. E. G., obra de los artistas oletenses Jorge Farges y Pedro Plana

Vamos hoy a decir algo del instalado en el vestíbulo de la escuela de Párvulos de la calle de Campmany. Allí encontramos en plan de infatigable cicerone a su autor, el ya citado José Anglada. Nada mejor, pues, que interrogarle, para que él mismo nos dé algunos pormenores de su obra.

— ¿Todo cuánto aquí se exhibe, patrocinado por el magnífico Ayuntamiento, puede ser considerado como belén? —

— No, señor; más bien mis cinco trabajos podrían titularse cuadros o dioramas navideños.

— ¿Cual fué el primer pessebre que hizo en San Feliu? —

— Fué en el año 1926, para el Patronato de Obreros, dirigido por Msn. Santos Boada.

— Cual fué luego el que considera más importante? —

— El realizado en el año 1944 en un local de la calle Mayor, compuesto de tres dioramas de mayor tamaño que los de ahora — ¿Conserva diseños, planos o fotografías de todas estas obras? —

— Fotografías de casi todas ellas.

— ¿Sus temas tuvieron siempre caracter religioso o navideño? —

— No, señor; también hice algunos cuadros para propaganda comercial en algunas ferias de muestras.

Veamos pues ahora los dioramas de la presente exposición.

1º «A la misa del gallo» fantasía nocturna; claustro románico desde el cual se divisa el altar en que va a celebrarse la misa del gallo.

2º «La Anunciación». En primer término el interior de la casa de la Virgen; la aparición del Angel; fondo con perspectiva de una calle de Nazaret.

3º «La anunciata». El angel anuncia a los pastores el nacimiento de Jesús.

4º «Pessebre en el hogar». Diorama muy detallista; el interior de una masía, con toda clase de muebles y enseres; encima de una mesa, en primer término un belén en miniatura; luminosa perspectiva de plazas y calles en el fondo.

5º «El Natalicio del Señor». Cuadro de mayor tamaño que los demás, del cual podemos decir que es el belén propiamente dicho; luz velada por la niebla, que difumina los últimos términos; visión entre bíblica y popular — frase del autor — con muy acertada composición del conjunto, aunque quizás la vegetación resulte excesiva. «Algunos detalles del paisaje — nos dice el señor Anglada — son más del Ampurdán que de Palestina; así he querido hacer sentir más la realidad, huyendo de la aridez propia de aquellas tierras, y he procurado que cada uno sienta esta escena como cosa propia, por ser ella cosa universal, y entender que nadie debe considerarla como exótica y lejana.»

RESPUESTA A UNA CARTA

Sr. Director:

En la última edición de ANCORA tuve el gusto de leer tres sabrosísimas «Cartas al Director» comentando diversas facetas de la vida ciudadana.

Los empujones para la entrada en el Cine Victoria los domingos por la tarde y los entierros «con locomotora», aparte ser absolutamente auténticos, son tratados con un humorismo no exento de ironía que merece el aplauso de todos los lectores.

La carta que firma el «Pacífico transeunte» merece empero capítulo aparte. Aun conviniendo ser ciertas las molestias que el citado improvisado corresponsal ha recibido de canes y automóviles, salta a la vista del más lego que las tales consideraciones representan solamente el provocativo para una abundantisísima vomitona de bilis mal contenida.

Resulta evidéntísimo que al «inspirado» escritor de marras le preocupa enormemente menos el que un perro levante determinada pierna o que un automóvil haga equilibrios para sortear los innúmeros baches de nuestro pavimento, que el dar constancia de su desprecio y —porqué no— de envidia hacia los matrimonios que «viven el uno por el otro», hacia los dueños de perros domésticos (si son de raza mucho más) o hacia los propietarios de automóviles, directamente proporcional con la velocidad o ruido.

Pero lo que mueve a puro jolgorio en la carta que nos ocupa, es el que amparándose en un anónimo quiere el «pacífico» que los demás den la cara para reprimir dichos abusos.

Vamos a ver: Es de presumir que el autor de la carta que se permite escribir determinados adjetivos y consideraciones de mal gusto, debe estar seguro de lo que dice, y por lo tanto conoce la vida y comportamiento de tanto la propietaria del perro que tanto le ha molestado, como la del conductor del automóvil que le ha hecho subir precipitadamente a la acera para evitar una muerte prematura. ¿Por qué no se lo dice directamente a los interesados para que en lo sucesivo no cometan tales torpezas e imprudencias y en caso de no recibir satisfacción no hace uso de la oportuna denuncia? — La respuesta parece ahora clara, y no puede ser otra que el «pacífico» no espera ser bien recibido por sus interlocutores si los adjetivos netamente injuriosos ahora protegidos por un seudónimo, fueran repetidos directamente a los interesados por parte del indignado ciudadano.

En resumen, que nuestro «pacífico» se identifica absolutamente con el clásico papel del «gos petener» de cualquiera de nuestras masías.

Y no termino con el pendencioso: «Sr. Director, muchas gracias» porque el Sr. Director se habrá bien percatado que, dejando publicar semejante desaguisado por parte del «pacífico» debe dejar espacio suficiente en esta sección para publicar una contestación que no puede oler, desde luego, a jardín de rosas precisamente.

Y por última, un favor D. «pacífico»: Otra vez firme Vd. «D. Quintín el Amargao».

La criada responde

ARTEMIO